

REVISTA NACIONAL



MONTEVIDEO
URUGUAY

y los patios dieron flores
y las parejas en celo
rociaron sus corazones
con el pincel de Don Pedro
Corazones de naranja
corazones de celeste
miradas color cachimba
y amores de rayo verde
Figari el de los candombes
—tembladeraes de negros—
el de los patios rosados
y apariciones de perros;
el de los caballos flacos
como esqueletos con pelos
dándole espíritu al campo
como si vivieran muertos.
Figari el de los velorios
mojados de «Padre nuestros»
Figari el de los ombúes
con lunas de cobre nuevo
ombúes de cuerpo astral
con buhos de cuerpo entero».

Y para terminar diré que nuestro país —y en estos momentos nuestro gobierno— dando una prueba cabal de su preocupación por la cultura, ha nutrido sus museos con la obra de Figari, ha creado un museo especial para sus cuadros y ahora, al cumplirse el centenario de su nacimiento, traslada en acto grande y de patriótica justicia, sus restos al Panteón Nacional donde descansan los grandes de la Patria.

FERNAN SILVA VALDES

Discurso del Delegado del Comité Nacional de Homenaje

El más grande homenaje que la patria nuestra puede ofrecerle a uno de sus hijos, ya levantado a la gloria, es el que hoy le rendimos en el centenario de su nacimiento al señor Pedro Figari, por resolución del Poder Ejecutivo y del Parlamento Nacional.

Me toca investir, sin merecerlo en modo alguno, la representación del Comité Nacional de Homenaje al insigne pintor, en el instante de esta alta consagración. Sus restos van a entrar al Panteón Nacional en la vecindad de los grandes de la patria, reposando en el más alto silencio, como el máximo homenaje de la nación a uno de

sus hijos dilectos. Silencio sepulcral que en la vida de recordación se va trasmutando día a día, al pasado de las generaciones venideras, en vida nueva, en el proceso del pensamiento activo.

He dicho pintor nacional, y me parece que he achicado el alcance de esta personalidad de excepción, al ceñirla a una sola actividad artística, cuanto en verdad Figari tocó tantos y tan hondos capítulos de la vida pasada. Y los tocó a todos, ungidos del mismo ardor patriótico.

Fue, sí, el gran pintor nacional, retomando después del gran Juan Manuel Blanes, la antorcha del arte. Porque antes de entregar Figari su ya anciana vida, tocando sus maravillosos sesenta años de edad, edad del reposo jubilatorio que él transformó por misteriosa alquimia en su más apasionada edad de creación —ya había dado a su patria el fruto madurado de tanta actividad proteica.

Fue ante todo el patriota que vivió las onduladas colinas nativas con el animal solitario, vacías de toda presencia humana, del ombú dominador, dueño y señor de esa soledad; fue quien defendió la ley de los desposeídos, que el progreso va dejando, despiadadamente a la vera de los caminos de tierra y yuyos, desde su cargo de defensor de pobres; que combatió la pena de muerte, vergüenza de una civilización descarrilada; que actuó en el Parlamento y en infinidad de comisiones patrióticas, durante las revoluciones; que dirigió el diario «El Deber» orientando la opinión pública; que publicó libros y folletos marcando por vías revolucionarias la enseñanza industrial; que penetró en la selva espesa de la filosofía del arte con su libro hoy de toda actualidad, titulado «Arte, estética, ideal» que entregó su madurada experiencia a la Escuela de Artes y Oficios, en la más osada y viva aventura docente.

Esto sólo, ya dibuja una alta parábola de una vida ciudadana. No sólo por la intensidad y perseverancia del aporte, sino por el alto destinatario: su patria. Pero después —y presentando su caso único en la historia universal del pensamiento— ya al final de su luminosa parábola, es cuando aparece el artista, es cuando irradiante de su luz nace el artista, nace el pintor.

Fue así, en un revés de su vida apasionada, cuando él pensó que esa patria tan querida había sido injusta —y en ese instante lo fue— al no valorar todo lo que de experiencia, de trabajo, de sabiduría, de pensamiento, de amor, le había entregado.

Olvidado de sí mismo y de todos los suyos —decidió alejarse— cruzó a la vecina orilla en procura del olvido. Este amargo alejamiento fue el que nos dió para los días futuros; al Figari más grande, al pintor de su pasado, al Figari emocionado por el recuerdo, al Figari creador incansable de miles de estampas maravillosas que hoy colocan su nombre al lado de los más grandes de la pintura universal.

Por una paradoja del destino —explicable de su vida apasionada— trocó la viva ofensa sentida al hacer abandono de su «Escuela de Artes y Oficios» en los más altos dones para su tierra lejana. Por qué su nuevo destino de pintor —tan raro en esa hora de ancianidad— no fue para el goce hedonista del arte; tampoco para el alarde vanidoso, menos aun para el total olvido. Fue para cumplir una nueva y alta misión, en su nueva vida. Para cumplirla en viva y efusiva manera, como si un imperioso mandato interno, se lo impusiera. El quiso ser el narrador del pedazo de historia que había vivido. Relatar, no con la palabra, que otros antes lo habían hecho, sino con el pincel, un pasado de su vida, lejanamente vivida. Un pasado que él había visto, con ojos alucinados, y que estaba destinado a caer inexorablemente en el olvido. Relatarlo lo más fielmente que pudiera hacerlo. Con fidelidad en la evocación en el trazo, en el mismo color. Y así surgió su pintura de encantamiento. Pero si cumplió con el primer propósito de autenticidad narrativa, de fidelidad histórica, se alzó en vuelo misterioso a los más altos planos del valor artístico. Y fue, toda su pintura un relato, sí, un vivo y fiel relato. Pero fue además y ante todo, riquísima y opulenta pintura.

En un goce, un dominio, una suntuosidad y una audacia que lo transforman en un grande de la plástica moderna.

Por ese nuevo camino, emprendido en una frenética y enjundiosa ancianidad Figari llegó a las más altas esferas de la consagración. Porque si su relato fue bien nuestro, entrañablemente nuestro, adquirió por su intensidad de su mensaje, un valor universal.

Y es que, si para entender al poeta, al dramaturgo o al filósofo, hay que dominar el verbo en que se expresan, para gozar de la pintura, y sobre todo de la pintura de Figari, sólo hay que tener ojos propicios. Y este lenguaje del mirar y ver en profundidad, es un engranaje que alcanza a todo ser humanos que sepa usar sus ojos para el coloquio visual.

Figari fue así comprendido por todos en su apasionado canto pictórico. Aquí en el Río de la Plata, y ayer en Europa. Y fue alabado primero por los poetas nuestros y los hermanos de la vecina orilla donde iniciara su aventura artística. Dejemos, hoy, a uno de ellos, anuestra Juana de América, que tome la palabra del saludo postremo, antes que sus restos entren al tiempo del silencio eterno:

«Barbado amigo que te fuiste un día
ya bien seguro de quedarte siempre
Entre los hombres que te dieron himnos
finos puñales y terribles males
ya bien seguro de quedarte siempre».

CARLOS A. HERRERA MACLEAN